

Carta de Inglaterra

Guy Fawkes y Williams Shakeshafte

La primera semana de noviembre tiene algo de paso del Ecuador en el súbito, aunque anunciado, descenso al invierno inglés. Bautizada con el nombre de uno de los personajes más odiados de la historia de este país, la noche del cinco de noviembre o *Guy Fawkes Night* pervive desde hace casi cuatrocientos años en la memoria y el folclore británicos con la fuerza de un rito pagano. En el acaudalado pueblo de Lewes, no muy lejos de Brighton y las playas y acantilados del sur, las procesiones, hogueras y fuegos artificiales alumbran la penumbra temprana del norte y recrean un ambiente de carnaval que no termina de casar con el frío intenso del mes. Durante las semanas previas a la celebración, los niños reúnen leña para encender las futuras hogueras, los mayores erigen efigies de madera y trapo que rellenan de petardos y bengalas, y el ambiente, caldeado pocos días antes por el invento norteamericano de la noche de *Halloween*, se carga de expectación y alegría no resuelta. Hay algo se diría levantino en la profusión de petardos que aturden al paseante tardío y le avisan de la cercanía de la fiesta, aunque los ingleses, siempre más comedidos, disimulen y hayan aprendido a escuchar a mensajeros tan ruidosos como si oyeran llover.

Guy Fawkes, o Guido Fawkes, como quiso ser llamado, pudo soñar alguna vez con la gloria, pero no creo que imaginara nunca que su nombre iría asociado a una de las noches más populares del año. Fawkes ha pasado a la historia como un traidor y, en efecto, su vida es un encadenamiento de conjuras, misiones secretas y labores de espionaje que lo convierten en una especie de Kim Philby del primer barroco. Católico practicante y un punto fanático, dedicó la mayor parte de sus esfuerzos a luchar por la causa papal en suelo inglés, lo que explica sus temporadas como soldado mercenario en Flandes y su larga estadía en la Corte de Felipe III, al que intentó convencer, sin lograrlo, del vigor e intensidad del movimiento católico en Inglaterra. A principios de 1605, Fawkes se convirtió en el brazo material de una conspiración que buscó derrocar a Jacobo I, monarca protestante y sucesor de Isabel I. Jacobo había decepcionado a la perseguida comunidad católica al suscribir la política de su antecesora y rechazar o ignorar los intentos de aproximación y peticiones de amnistía de algunos nobles católicos. El plan de los conspiradores

incluía volar el Parlamento en la apertura del nuevo curso, aprovechando la presencia del rey y sus más importantes consejeros, y provocar al mismo tiempo una insurrección armada en el norte del país, donde residían algunos de los disidentes más notables. Se esperaba también, un tanto ilusoriamente, que el imperio español ayudaría con sus vastos recursos al éxito de la empresa, pero los sucesivos emisarios enviados a la corte de Felipe III, sólo consiguieron buenas palabras y vagas promesas. Al cabo, esta conjura, que ha pasado a la historia con el nombre de *Gunpowder Plot* (la conjura de la pólvora), incluyó a un número muy limitado de nobles ingleses, pero su fracaso salpicó a la entera comunidad católica y ayudó más que ninguna medida real o estatal a la creación de un genuino espíritu anticatólico en la sociedad inglesa. En la madrugada del 5 de noviembre de 1605, un grupo de soldados liderados por Sir Thomas Knevett, miembro del consejo privado del rey, registró los sótanos del Parlamento y allí dio «con un hombre corpulento y desesperado» que dijo tener por nombre John Johnson; no muy lejos de él, instalados bajo la sala principal del edificio, se encontraron unos 36 barriles de pólvora. El apresamiento de Guy Fawkes, que así se llamaba realmente el intruso, frustró una conjura cuyas cabezas visibles iniciaron su huida de la capital, e instauró un prolongado ambiente de confusión en la sociedad londinense: nadie ignoraba que el rey había sobrevivido a un golpe de Estado, pero los detalles exactos de la conspiración tardaron en ser conocidos. La noticia era una excusa perfecta para que los londinenses se entregaran a unos de sus entretenimientos favoritos: encender hogueras callejeras; en teoría, el fuego era visto como una forma de expresar la alegría popular, aunque uno tiende a suponer que en la práctica cualquier excusa era buena para evitar el frío de noviembre y arrimarse al calor de las piras prendidas.

La noche del cinco de noviembre ha quedado en la memoria de muchas canciones populares. Una de las más conocidas, a pesar del sorprendente anacronismo de la última línea, expresa a la perfección el peligro ominoso de la conjura («remember, remember») y su poder de sugestión en la sociedad inglesa:

Remember, remember,
 The Fifth of November,
 Gunpowder treason, and plot.
 I see no reason
 Why gunpowder treason
 Should ever be forgot.
 Hurra boys! Hurra!
 Make the bells ring.
 Hurra boys! Hurra!
 God save the Queen.

(Recuerda, recuerda, / el cinco de noviembre, / la conjura de la pólvora y la traición. / No veo por qué / la pólvora y la traición / debieran ser olvidadas. // ¡Hurra, muchachos!, ¡Hurra! / Haced sonar las campanas. / ¡Hurra, muchachos!, ¡Hurra! / Dios salve a la reina.)

Aunque es tentador pensar lo contrario, España jugó un papel discreto aquella noche. Lejos quedaban los tiempos en que Felipe II había intentado reclamar lo que por unos pocos años fuera suyo. Es cierto que don Juan de Tassis, embajador no plenipotenciario de Felipe III en Londres, había tratado a algunos de los nobles católicos involucrados en la conjura, pero también lo es que había decidido prescindir de su presencia al poco de llegar a Londres y que en ningún momento tuvo conocimiento de sus intenciones. Lo mismo puede decirse del Vaticano, cuyo interés por la suerte de los católicos ingleses decreció progresivamente a partir de la muerte de Isabel I. Sin embargo, aún hoy las procesiones de Lewes incluyen efigies e imágenes del Papa a las que se prende fuego y arroja a la hoguera, costumbre que guarda un desafortunado parecido con posteriores prácticas del Ku-Klux-Klan. Éste es, sin duda, uno de los elementos más sorprendentes o inquietantes de la procesión a ojos de un observador español, sea cual fuere su relación con la Iglesia católica. Son demasiados siglos de obediencia casi genética a la autoridad religiosa como para que el espectáculo de una efigie papal en llamas no provoque un leve escalofrío o temblor en la nuca. Los gritos y expresiones que acompañan su paso por las calles del viejo casco urbano le hacen a uno pensar si cuatrocientos años no habrán pasado en vano.

Con todo, el verdadero protagonista de las procesiones sigue siendo Guy o Guido Fawkes: su efigie barbada (o *guy*, en el lenguaje popular) preside las diversas procesiones que se suceden por las calles de algunos pueblos y concita el odio entusiasmado de los espectadores. No siempre guarda un parecido físico con el verdadero Fawkes, pero en la mayoría de los casos su tronco hecho con telas y maderos alberga los suficientes petardos y bengalas como para que su caída a la hoguera, donde la procesión llega a su fin, sea todo un espectáculo. El único lugar donde jamás se ha quemado un *guy* es el colegio de St. Peter en Yorkshire, y ello porque Fawkes estudió allí, y se piensa, desde cierta justicia poética que no excluye el humor, que sería de mal gusto quemar a un antiguo alumno.

Es, en fin, sorprendente asistir a un espectáculo de esta naturaleza en Inglaterra, y más si se considera que estamos a principios de noviembre y que la celebración tiene lugar en días laborables. Sospecha uno que su pervivencia tiene que ver, ante todo, con su espíritu originalmente confrontacional: Guy Fawkes ha dejado de ser un simple pelele o cabeza de turco para convertirse en el símbolo de todo cuanto ha amenazado en un tiempo a Inglaterra; es un espectro o fantasma invocado cada invierno para que, mediante el entusiasmo del odio, la sociedad inglesa perciba su propia unidad oculta. No importa que la Inglaterra refrendada anualmente ante las piras encendidas sea una ficción, un vestigio de antiguas pasiones; al fin y al cabo, la ficción no es sino una realidad estilizada, subrayada. Y si bien la

procesión de Lewes tiene algo de circo, un no sé qué de paródico que aumenta con cada nueva representación, por debajo de su aparente inconsciencia late un orgullo de raza que no es ocioso tildar de excluyente o intolerante.

Una cosa es cierta: a pesar de su larga historia de unidad y estabilidad política, o tal vez precisamente gracias a ella, ciertos secretos pasados siguen provocando la sorpresa en una Inglaterra que no acaba de aceptar su propio presente. La ficción imperial no deja de recibir golpes, alguno tan trivial o anecdótico en apariencia como el propinado por Richard Wilson en las páginas del suplemento literario del *Times*. Según este catedrático de estudios renacentistas de la Universidad de Lancaster y experto en la vida y milagros de William Shakespeare, el esquivo bardo habría sido en su origen un criptocatólico educado en Stratford y Lancaster por sacerdotes jesuitas, un joven brillante asociado a la causa católica a quien la onda expansiva provocada por la ejecución de su maestro Thomas Campion habría llevado a Londres y a un dudoso destino en los teatros de la capital. En rigor, la tesis no es nueva. En un libro publicado hace once años, *Shakespeare: the «lost years»* (Shakespeare: los «años perdidos»), el crítico Ernst Honigmann adelantó la doble hipótesis, ya planteada en 1937 por Oliver Baker y siete años más tarde por E. K. Chambers, de que Shakespeare había pasado parte de su juventud en el condado de Lancashire, en el noroeste de Inglaterra, en calidad de sirviente en varios hogares católicos, y de que es la misma persona que aparece bajo el nombre de William Shakeshafte en la lista de protegidos de la familia Hoghton, conocidos católicos de la zona. En cualquier caso, lo que hace del artículo de Richard Wilson una lectura apasionante, a pesar de su prosa densa y enrevesada, es el detalle con que traza no sólo la biografía temprana de Shakespeare, sino también el mapa espiritual de la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XVI, mucho más complejo de lo sugerido habitualmente por los manuales de historia.

Una de las preocupaciones centrales de Richard Wilson es comprender por qué un joven ambicioso y con talento como Shakespeare o Shakeshafte residió más de medio año en el condado de Lancaster, que por aquel entonces era un lugar inhóspito y apartado de los principales centros culturales del país. La respuesta de Wilson tiene la complejidad y enjundia de los mejores relatos de Le Carré, y es imposible hacerle justicia en el corto espacio de estas líneas. Baste decir que hacia 1580 el joven Shakespeare se hallaba enrolado en el seminario jesuita de Douai, en su villa natal de Stratford, donde su talento verbal no había pasado desapercibido. El seminario de Douai había sido creado pocos años antes con los beneficios de las minas de aluminio propiedad de la familia Hoghton, en Lancashire, y actua-

ba por deseo de su patriarca, Alexander Hoghton, como una especie de centro de reclutamiento de jóvenes católicos. Allí Shakespeare tuvo como profesores a Simon Hunt y John Cottom, y es este último el que enlaza la figura del escritor con la del carismático predicador Thomas Campion, cuya llegada al hogar de los Hoghton, a finales de 1580, coincide con la del escritor. En realidad, sugiere Wilson, Shakespeare llegó a Hoghton Tower como parte de la comitiva de Campion, formada por aquellos alumnos de Douai cuyo «celo, alegría y pasión» los hacía dignos de entrar en los seminarios católicos del continente. La estancia de Shakespeare en Lancashire habría formado parte, pues, de una etapa de aprendizaje previa al cumplimiento de su vocación religiosa. Por otra parte, la dicción exaltada de Campion explica el cambio de nombre sufrido por Shakespeare y otros, al afirmar que aquellos jóvenes debían seguir el ejemplo de San Pablo y «abandonar sus nombres como los veteranos ofrecen su sangre». Así, un tal Parsons se convirtió en Doleman; el propio Campion cambió su nombre por el de Hastings; y William Shakespeare adoptó la forma arcaica de su apellido, pasándose a llamar Shakeshafte. En todo esto había tanto un deseo de ocultación como un intento por parte de Campion de otorgar dimensiones épicas a su labor de zapa de la ortodoxia anglicana. Campion, de verbo fácil y entusiasmo contagioso, permaneció en el hogar de los Hoghton hasta el 15 de mayo de 1581, y desde allí hizo todo lo posible por galvanizar la resistencia católica en el norte de Inglaterra. No es difícil, pues, compartir el travieso entusiasmo de Richard Wilson cuando afirma: «Si Shakespeare y Shakeshafte fueron la misma persona, el escritor fue miembro de un hogar que durante al menos seis meses albergó la jefatura y cuartel de invierno de la Contrarreforma inglesa».

¿Un Shakespeare católico? ¿Un Shakespeare destinado al sacerdocio y a agotar su juventud en un seminario francés? Ciertamente, su camino se confunde muchas veces con el de figuras cercanas o no ajenas a «la conjura de la pólvora», y no deja de tener su atractivo imaginar qué debió pensar o sentir el escritor en los días finales de 1605, cuando muchos de sus compañeros en Douai o Lancashire cayeron víctimas de la represalia real. El resto de la historia no es menos edificante. Como en las buenas novelas de aventuras, aquel joven ambicioso llamado Shakeshafte salvó su vida gracias a la muerte ajena: Thomas Campion, apresado en el verano de 1581, moriría en la horca el 1 de diciembre de aquel mismo año. Antes o después de esa fecha, Shakespeare entra en Londres como parte de la compañía del conde Derby y guarda un sólido silencio sobre su pasado que la popularidad de sus obras se encargará de hacer aún más evidente. La distancia entre el posible sacerdote y el seguro dramaturgo puede parecer abismal, pero una consideración más demorada de su escritura induce a

pensar que Shakespeare revivió con frecuencia su estancia en la torre de los Hoghton, que habría de habitar su memoria como un edén oculto y apenas tocado por las palabras. Pues, como muy bien afirma Richard Wilson, «en un mundo que exigía visibilidad y uniformidad, Shakespeare forjó su diferencia a partir de un secreto más oscuro que la penumbra del confesionario».

Jordi Doce



Sevilla, 1992